

OBAMA. ALTERNANCIA POLÍTICA O CAMBIO CULTURAL

Barack Obama ganó las elecciones presidenciales del 4 de noviembre de 2008 con el respaldo del 52,9 por ciento de los electores, frente a su rival John McCain, que obtuvo el 45,7 por ciento. Es un margen importante, que indica un movimiento serio del electorado. En 2004 Bush ganó con el 50,2 por ciento del voto popular frente al 48,3 por ciento para John Kerry. Es cierto que la victoria electoral de Obama no tiene, de por sí, el carácter de “realignment” o realineamiento, un término muchas veces utilizado en política norteamericana y que, en su sentido estricto, debería tal vez limitarse a la victoria de Franklin D. Roosevelt en 1932 (Mayhew, 2004).

Aun así, la victoria de Obama, aparte de lo abultado de las cifras, tenía un alcance simbólico especial. La participación fue muy alta, más del 61% del electorado. Como la de Roosevelt, tenía lugar tras una crisis económica desencadenada bajo mandato republicano, y a la que la Administración republicana de Bush no pareció capaz de aportar soluciones satisfactorias. El apoyo popular fue suficiente como para decir que, si no se había iniciado una nueva era demócrata, sí que se había terminado una republicana. La caída del voto republicano parece insinuar que la elección de Obama a la presidencia cierra la larga hegemonía republicana que había dominado la

José María Marco es escritor. Profesor de Literatura, Universidad Pontificia Comillas de Madrid. Del Consejo Asesor del Instituto Cánovas del Castillo. Del Patronato de la Fundación.

política norteamericana desde 1968, con dos presidentes demócratas –Carter y Clinton, en total doce años–, frente a cinco republicanos –Nixon, Ford, Reagan, George H. Bush y George W. Bush, en total 28 años.

El posible final de la era republicana viene protagonizado además por un afroamericano, que por primera vez accedía a la presidencia de Estados Unidos y cerraba así la herida abierta en la historia norteamericana por el racismo y la exclusión. El hecho se puede interpretar de varias maneras. En un sentido, se ha conseguido restaurar en su plenitud el significado de la identidad norteamericana, resumido en la plena igualdad de oportunidades para todos. El acceso de Obama a la presidencia de Estados Unidos significa el acceso del país a una nueva etapa, definitivamente “post racial”, como se ha dicho: una sociedad en la que los conflictos de raza, aunque subsistan, no determinarán la sociedad entera. Por otro lado, también puede simbolizar el triunfo de las minorías (aceptando que se pueda hablar del conjunto de la comunidad negra como de una minoría), emancipadas de la “normalidad” impuesta por la población blanca. En cualquiera de los dos casos, la elección de Obama daba naturaleza política a unos Estados Unidos renovados en los que la población blanca pasa a ser una minoría más (minoría mayoritaria, pero minoría al fin y al cabo), con significados y repercusiones que aún están por ver y por analizar.

Lo que se interpretó como el fin de la era republicana, el final de la injusticia histórica cometida sobre los afroamericanos y la consolidación de una América renovada son algunos de los elementos que contribuyen a entender la ola de simpatía que acogió la victoria electoral de Obama, la “obamanía” que sólo se ha empezado a agotar un año después.

LOS RESULTADOS DEL PARTIDO REPUBLICANO Y SUS CAUSAS

Los republicanos mantuvieron razonablemente su posición entre los varones (49 por ciento por Obama, 48 por ciento para McCain) y los mayores de 65 años. Retroceden, en cambio, entre los demás sectores de la población: mujeres (56 por ciento a favor de Obama, 43 por ciento por McCain), jóvenes (66 por ciento para Obama), hispanos (67 frente al 31 por

ciento, es decir, más de dos a uno). Dos comunidades que respaldan tradicionalmente al Partido Demócrata volvieron a hacerlo, la afroamericana en un 95 por ciento (con un récord del 100 por cien del voto afroamericano femenino en Carolina del Norte) y la judía (Windmueller, 2009), con un 78 por ciento, algo menor, en general, que los apoyos recibidos por los candidatos demócratas en anteriores elecciones¹.

En cuanto al territorio, el Partido Republicano fue vencido en 28 Estados, frente a los 22 que ganó al Partido Demócrata. Los demócratas no retrocedieron en lo que han sido sus feudos en los últimos años, es decir las dos costas y el norte, y avanzan en lo que hasta aquí ha sido terreno republicano: el centro de Estados Unidos y el sur, desde Nuevo México a Virginia. Puede que esto resulte ser un cambio episódico, pero si se confirmara significaría el final de la “estrategia sureña”, gracias a la cual el Partido Republicano amplió su base electoral, volvió a ganar el sur del país y se consolidó en el poder durante cuarenta años. Si el sur deja de ser republicano y las costas este y oeste siguen en poder de los demócratas, estará asegurada la hegemonía demócrata.

Las razones que explican esta tendencia son múltiples. En primer lugar, las elecciones se presentaron como un cambio. Llevaba las de ganar, obviamente, el más joven de los dos. En cuanto a John McCain, y por mucho que fuera un “*maverick*”, es decir, un candidato por libre y mucho más centrista y moderado de lo que el conservadurismo había venido elaborando como ideología en los últimos años, representaba, por edad y por trayectoria biográfica (en particular por su relación con Vietnam), casi todo aquello contra lo que simbólicamente se alzaba la candidatura de Obama. En lo que se refiere a Hillary Clinton, se encontraba muy lejos ya de su radicalismo de cuando la presidencia de su marido. Daba voz, más bien, al aparato de su partido, que a su vez representaba una forma de ser demócrata más centrista e incluso más conservadora o tradicional que la que representaba Obama. Cuando el aparato del Partido Demócrata (simbolizado por Edward Kennedy) le retiró su apoyo, Hillary Clinton, candidata del *establishment* por naturaleza, estaba acabada.

¹ Los datos sobre las elecciones, del Pew Research Center.

Entre los principales asuntos de debate dentro del republicanismo o del campo conservador (conservadores y liberales, en terminología europea) estaba la propia personalidad de Bush, un hombre que tendió a encerrarse en su círculo, como si huyera de la corrupta Babilonia washingtoniana. Esto le llevó a errores de juicio como la fallida designación de Harriet Miers para el Tribunal Supremo. También le enajenó el apoyo de parte de las elites republicanas. Bush, por otra parte, no vislumbró una victoria en Iraq hasta que se decidió por la estrategia propuesta por los neoconservadores mucho antes. La dilación tuvo un coste importante en términos de popularidad. La política exterior dio siempre, aunque no fuera así, la sensación de prepotencia y falta de habilidad: la hiperpotencia se ensimismaba en el mismo momento en el que más enarbolaba su líder los ideales universales de la libertad y la democracia.

Bush, por otra parte, había renovado el discurso y la acción política del republicanismo, con lo que contribuyó a ahondar la polémica dentro de su partido. En cuanto a las minorías, el debate se centró en los inmigrantes hispanos, con evidentes repercusiones en las demás minorías. Bush apostó, como McCain, por una legislación tolerante de integración contra la que se elevaron las voces más duras del conservadurismo. Prevalcieron éstas, tanto en el terreno legislativo como ante la opinión pública y el Partido Republicano, en el mismo momento en que la población blanca empezaba a ser una minoría, pareció reivindicar la hegemonía de los anglosajones blancos. Otro asunto polémico fue la intervención del Gobierno federal en educación (un asunto reservado tradicionalmente a los gobiernos de los Estados) y el aumento de gasto en sanidad, sin contar el déficit causado por el aumento en gasto en defensa y la Guerra de Iraq.

Bush podía aducir que también en tiempos de Reagan (un hombre más centrista de lo que muchos han pensado después) el déficit adquirió proporciones extraordinarias. Aun así, tiene difícil justificación en la ortodoxia conservadora y contrastaba con el superávit que dejó Clinton. La cuestión de la escuela suscitaba los celos de quienes ven en la división de poderes entre los Estados y el Gobierno federal una de las claves del sistema político norteamericano. Y el aumento del gasto sanitario consolidado significaba una ampliación del Estado inadmisibles por los doctri-

narios conservadores. El tratamiento de la crisis económica, entre agosto de 1997 y diciembre de 1998, dejó claro que Bush no iba a seguir ninguna receta abstencionista de inspiración hayekiana. La intervención fue masiva, como se sabe, a pesar de la no intervención en la quiebra de Lehman Brothers, que se interpretó como un gesto de indecisión y no como una línea política.

Todo esto venía a significar un cambio en la política y sobre todo una ruptura con la doctrina conservadora de austeridad presupuestaria y control de las competencias y del tamaño del Estado. Tal vez el giro no fue explicado convenientemente y no bastaba con bautizar la nueva doctrina con el nombre de “conservadurismo compasivo”. La catástrofe del Katrina permitió a sus adversarios criticarla sin reparos. Bush empezó a cambiar el conservadurismo norteamericano con una fórmula renovada de neoconservadurismo, o neo-neoconservadora y en algunos aspectos estuvo a punto de conseguirlo. En este terreno, sin embargo, un personaje como Obama y su discurso resultaban difíciles de batir.

EL PERSONAJE OBAMA

El personaje Obama se elabora, en primer lugar, en contraste con la figura de George W. Bush. Bush representaba todos los tópicos de la cultura norteamericana. Obama está empeñado en ser el menos “norteamericano” de todos los presidentes: el más amable para las elites intelectuales y sociales norteamericanas, que tienden a interiorizar los tópicos negativos sobre su propia cultura, y el más amable también para todos los que aspiran a un ajuste de la cultura norteamericana a la diversidad cultural. Bush despreciaba –o fingía despreciar– la imagen pública. Obama la cultivaba meticulosamente².

El modelo de Obama es el presidente Kennedy. Más exactamente, Kennedy y su familia. Se puede forzar alguna analogía entre los dos: Kennedy fue el primer presidente católico, como Obama es el primer afroamericano.

² Sobre la imagen de Obama, ver **Norwich** (2009) y **Chozick** (2009).

Ahora bien, para aceptar esta referencia hay que saltar sobre muchas cosas: en particular, sobre la heterodoxa vida familiar de Kennedy y la muy ortodoxa de Obama, o la diferencia de procedencias sociales. Lo de menos es la realidad. Lo que cuenta es la marca Obama que, como la marca Kennedy, se impone a cualquier otro aspecto, con la ventaja de los medios globales disponibles hoy. La marca Obama, indistinguible de su acción política, es por naturaleza global o “planetaria”. Obama es también el presidente con el que se identifican aquellos que han discrepado con la política norteamericana desde Reagan, así como quienes han venido cultivando actitudes antinorteamericanas. En este sentido, Obama inaugura, por lo menos en el terreno simbólico, una nueva era. La hiperpotencia aspira a ser simpática.

La otra referencia es Franklin D. Roosevelt. No es tan obvia en cuanto a la imagen, aunque conviene tener en cuenta el interés contemporáneo, típico en la era de la autenticidad y de las minorías, por recordar la incapacidad física de Roosevelt, que él siempre disimuló en vida. La referencia viene sobre todo del papel histórico de su presidencia. Roosevelt consolidó, gracias a las reformas del *New Deal*, la hegemonía demócrata para casi cuarenta años. Más aún, instauró un consenso social y cultural interpartidista que sólo se rompió en los años setenta. Bush (o mejor dicho, Karl Rove, su estratega electoral) tomaba por modelo el supuesto “relineamiento” operado con la elección del presidente McKinley en 1896 (las elecciones del 2006 desmintieron la expectativa). El modelo de Obama será el de Roosevelt. Así se aclara la importancia de un asunto como la reforma de la sanidad, pieza estratégica en la propuesta de Obama.

LAS GRANDES LÍNEAS DE LA PRESIDENCIA DE OBAMA

La larga campaña electoral que precede a las elecciones presidenciales norteamericanas es, más aún que una forma de dar a conocer a un candidato o difundir su política, un instrumento para forjar la coalición social que sostendrá la mayoría presidencial. En la de Obama ha cuajado una coalición compuesta por minorías de diversa índole (cultural, social, étnica o de género) convertidas en el elemento central de la sociedad y del discurso político contemporáneo: los jóvenes, los dependientes del Gobierno, los sin-

dicatos, que han recobrado algo de protagonismo, y, en una medida muy importante, las elites (económicas –con sueldos superiores a los 200.000 dólares–, intelectuales, académicas, empresariales, del *show business* y la televisión, etc.), no tenidas en cuenta por la Administración Bush y mimadas por Obama. Tal vez este cambio disimule otro más profundo: así como las minorías han pasado a ser centrales, lo que una vez fue elitista ha pasado a ser cultura popular. La contracultura de los setenta es ahora la cultura mayoritaria y hegemónica.

La nueva coalición controla buena parte de los centros de creación y transmisión del saber y una parte importante de los medios de comunicación (excepto tal vez la radio, de gran importancia en la vida pública norteamericana). La importancia de los jóvenes no procede tanto de su capacidad para determinar el resultado electoral como de la capacidad para hacerse con los nuevos medios de información, debate y movilización, que un tiempo estuvieron en manos de los conservadores.

Territorialmente, la coalición de Obama tiene como feudos las dos costas y avanza sobre todo en el sur del país: las mejores condiciones económicas han propiciado una nueva demografía, con una representación cada vez más importante de las antiguas minorías. Políticamente, Obama consiguió algo que parecía casi imposible de cuadrar: agrupar en un movimiento las nuevas tendencias radicales generadas por la oposición a la política de la Administración Bush y herederas del radicalismo característico del Partido Demócrata desde 1968, con el centrismo de otra parte del mismo Partido Demócrata (el sector representado por Hillary Clinton y los llamados *blue dogs*).

Con independencia de cuales sean las auténticas causas de la crisis financiera y económica, resultó evidente desde muy temprano que ésta tendría consecuencias en el terreno ideológico, político e incluso cultural, más allá incluso de las **políticas económicas** puestas en juego para paliarla. Con el tiempo, el anticapitalismo (desde el nuevo protagonismo de los argumentos antiglobalización a la refundación del capitalismo preconizada por Sarkozy) se ha quedado en simple retórica. No ha vuelto el socialismo, efectivamente, pero tampoco han salido bien paradas las doctrinas libera-

les. Se ha generado un nuevo consenso, que relaciona la crisis con la quiebra de los valores morales, y ésta a su vez con las políticas “neoliberales” y el llamado “consenso de Washington”. No hay forma de sustituir el mercado como herramienta para la creación de prosperidad, pero dejado a su aire es ineficiente y, lo que es peor, favorece las conductas fraudulentas.

George W. Bush ya había rectificado las doctrinas tradicionales conservadoras acerca del no intervencionismo del Estado y la austeridad en el gasto público. Su acción ante la crisis, con el rescate masivo de entidades financieras, corroboró esta rectificación. Obama acentuó la tendencia –con lo que dificulta una respuesta propiamente conservadora a la crisis– y desde entonces el Gobierno norteamericano ha ampliado el “rescate” a multitud de campos. Así, ha inyectado ya 787.000 millones de dinero público en la economía, respalda la mayor parte de las hipotecas que se conceden y mantiene intervenidos los bancos y grandes industrias, como algunas grandes empresas automovilísticas. Nunca en la historia de Estados Unidos, excepto en tiempos de guerra, se había llegado a tal grado de intervención.

El escenario del año 2008, con una política monetaria incapaz de frenar la caída libre de los mercados, era perfecto para el retorno de las propuestas keynesianas, desacreditadas desde los años ochenta. Y si este mismo año (2009), o a mucho tardar el que viene, Estados Unidos empieza a salir de la crisis, la posición intervencionista se habrá visto respaldada. No importará demasiado conocer exactamente qué intervenciones gubernamentales han sido beneficiosas y cuáles no, ni tampoco importará la constatación de que la intervención gubernamental ha venido a premiar (salvo excepciones muy llamativas, como el caso Madoff) conductas moralmente condenables. Obama se ha permitido decir, en la misma bolsa de Nueva York, en Wall Street, que el Gobierno no podrá seguir interviniendo a partir de ahora y que no habrá ya más rescates gubernamentales³. Probablemente se está iniciando un nuevo ciclo de hegemonía ideológica no liberal, de tendencia socialdemócrata, aunque parece difícil que esa hegemonía genere un nuevo consenso interpartidista como el que se mantuvo

³ Discurso del 14 de septiembre de 2009. Texto completo en *Huffingtonpost.com* <http://www.huffingtonpost.com/2009/09/14/obama-wall-street-speech_n_285841.html>

en los años centrales del siglo XX, a partir de la Gran Depresión y el *New Deal*. En cualquier caso, lo que antes era intervención gubernamental ahora se dice “estímulo” y es aceptado como tal.

La repercusión llega incluso al comercio internacional. Aunque no haya habido un renacer del proteccionismo como el que se produjo después de 1929 y las autoridades internacionales han advertido en su contra, no se han retomado las rondas de negociación multilaterales. En Estados Unidos, los sindicatos, firmes partidarios de Obama, también lo son de una política más proteccionista, favorecida además por los intereses de una parte de la industria y de la agricultura.

La acción sobre la que gira todo lo demás, la que concentra todos los esfuerzos de la Administración Obama y de la oposición republicana es **la reforma de la sanidad**. Es un objetivo tradicional del Partido Demócrata, y más en particular del progresismo norteamericano. Roosevelt, Johnson y... George W. Bush están entre los escasos presidentes que consiguieron sacar adelante una reforma de este tipo. El modelo de Obama parece ser el de la cobertura universal sanitaria propia de los países europeos de antes de la crisis de los años setenta. Como Obama reúne la doble condición de visionario y pragmático, enarbola la reforma como una bandera pero también proporciona argumentos prácticos para su aprobación. Uno es el de los no asegurados (argumento que se ve reforzado por los efectos de la crisis, que ha aumentado el número de personas no aseguradas de 45,7 millones en 2007 a 46,3 millones en 2008) y otro es el del coste del sistema sanitario norteamericano, muy superior al del resto de los países desarrollados⁴.

La reforma viene por tanto justificada principalmente por dos razones: más solidaridad y menor coste. Esto último no resultaba demasiado creíble, dado que la reforma, en principio, iba encaminada a poner en marcha una llamada “opción pública” que duplicaría todo el sistema sanitario privado. Es posible que la reforma sanitaria de Obama acabe pareciéndose, después de su debate en la Cámara de Representantes y en el Se-

⁴ Datos del U.S. Census Bureau.

nado, a la que puso en marcha Mitt Romney en Massachussets, que obliga a todas las personas a tener un seguro de paro sin crear por ello una cobertura sanitaria universal. En cualquier caso, todo indica que la reforma sanitaria de Obama creará una sanidad más cara que la actual, más ineficiente por el exceso de burocracia y con repercusiones negativas en la investigación farmacéutica.

Obama ha aprendido del ejemplo de Franklin D. Roosevelt, que consideró demasiado arriesgada la propuesta de cobertura universal, y de la actitud de Clinton, que se empeñó en sacar adelante su reforma sin medir bien los apoyos. Por otro lado, una nueva derrota como la del plan de reforma sanitaria de Clinton en 1994 sería inadmisibile para los demócratas. Así que la Administración Obama ha rebajado su contenido para que sea aceptable para el ala más moderada de su propio partido, los 52 miembros de la Cámara de Representantes llamados *blue-dogs*, y también para evitar un nuevo referéndum sobre el “gran gobierno”, que fue en lo que se convirtieron las elecciones de 1994. Conseguir esto último sería una victoria para el Partido Republicano, que, en cualquier caso, debe articular una alternativa para afrontar los problemas derivados del gasto y de los no asegurados.

La respuesta de la Administración de Obama ante la crisis no se ha limitado a un incremento de la intervención y de las regulaciones gubernamentales. Su respuesta está proponiendo un **modelo económico de desarrollo sostenible** en el que la conservación del medio ambiente juega un papel central. Obama llegó al poder enarblando el *slogan* de la defensa del medio ambiente. Esta defensa lleva implícita la conciencia de la escasez y de la carestía de los recursos naturales. Tiene un componente ideológico, como se ha comprobado con el poco interés de la Administración Obama por promocionar la energía nuclear. Impide también las nuevas prospecciones que permitan explotar las reservas energéticas en suelo estadounidense. A cambio, se promueven activamente, también con intervenciones gubernamentales, las energías renovables. Aunque esta nueva política tiene, por ahora, un coste alto en dinero público y privado, se integra en un programa moral deducido de la crisis económica. Está en alza la austeridad, a veces incluso la frugalidad, y no siempre desde una perspectiva ciegamente ideológica, por mucho que la frugali-

dad no se aplique al gobierno, que ha salido reforzado –en todos los sentidos– de la crisis.

Esta actitud encaja bien con una de las obsesiones culturales (y en última instancia políticas) de nuestra época, como es el descubrimiento de la autenticidad y su consideración como el máximo valor moral y –ni que decir tiene– estético. No se debe confundir esto con una simple tendencia favorable a lo “ecológico”, lo natural, lo no tratado o lo “bio”. En la imaginación de casi todos los habitantes del planeta, Estados Unidos era el país de la abundancia, con recursos naturales ilimitados, espacios infinitos, nuevas fronteras siempre por conquistar. Todo eso está pasando a formar parte del pasado. La crisis de algunas de las grandes empresas automovilísticas norteamericanas es en buena medida consecuencia de la mala gestión, pero también ha venido suscitada por nuevas necesidades: en el país del automóvil por excelencia, se recurre cada vez más a automóviles pequeños, con menor consumo (Henninger, 2009). Lo mismo ocurre con las casas, otro de los símbolos del “sueño americano”. Las que se construyen son cada vez más pequeñas y menos costosas de calentar, enfriar y mantener. La cultura de la abundancia se está convirtiendo en cultura del despilfarro. Metáforas como la de la obesidad o la comida rápida –“basura”, exactamente– dibujan con gran precisión lo que, de confirmarse, entrañará un cambio cultural de grandes proporciones, y no sólo en Estados Unidos. El *slogan* “Yes, we can” ha resultado ser una proclamación, paradójicamente jubilosa, de las limitaciones propias. La nueva frontera está en la contención. Eso sí, la autenticidad no está reñida con la elaboración de la imagen más sofisticada del mundo: en el huertecillo de la Casa Blanca, tan franciscano, la familia Obama cultiva brócoli libre de productos químicos.

En cuanto a **la política internacional** de la Administración Obama, conviene distinguir entre la práctica diplomática, la política real definida por los intereses estratégicos de Estados Unidos y los proyectos o gestos teñidos de ideología o de propaganda. En cuanto a lo primero, la diplomacia de la nueva Administración juega con ventaja en la medida en que la de la Administración Bush no se caracterizó por la sutileza. Evita las confrontaciones y sobre todo intenta no recurrir al tono de arrogancia con

el que quedó identificada la anterior Administración. Bush, por ejemplo, llevó la ayuda humanitaria a África hasta los 15.000 millones de dólares sin conquistar jamás la simpatía de los profesionales de la solidaridad ni de la opinión pública occidental. A Obama le ha bastado el discurso de Ghana –un buen discurso– para ganarse esas mismas simpatías, siempre esquivas con su predecesor.

En cuanto a la política real, la Administración Obama se mueve todavía en el terreno de las contradicciones. Por mucho que se idealizara la posibilidad de emprender un nuevo camino, Estados Unidos sigue en Iraq. Tampoco ha conseguido dismantelar la cárcel de Guantánamo, uno de los baldones de la Administración republicana. Quiere retirarse de la Guerra de Afganistán, que es la guerra “buena” frente a la de Iraq, que era la guerra “mala”, pero no sabe cómo hacerlo. Estas contradicciones parecen indicar que aún estamos en un período de transición, en el que el discurso electoral y la realidad deben ajustarse a la nueva situación.

Sin embargo, los cambios han sido sustanciales y van más allá de las habilidades diplomáticas. Ha dejado de utilizarse la expresión “guerra contra el terrorismo”, con lo que la palabra “guerra” desaparece del horizonte de Occidente, aunque no esté tan claro que lo haga en la realidad. Se impone un cierto grado de multilateralidad, simbolizada por la emergencia algo escenográfica, pero significativa, del G-20. Ahora se rebaja el tono al hablar de la democracia como objetivo principal e irrenunciable de la política exterior norteamericana, y se utilizan los archivos para desprestigiar a la Administración anterior, sin que parezcan importar demasiado las consecuencias de todo esto en los países con regímenes no democráticos y en los grupos terroristas.

Estados Unidos no puede renunciar, por sus propios intereses, a su papel de hegemonía mundial, que cumplirá con más humildad, con mayor consideración hacia sus aliados, con incluso menos beligerancia, en todos los sentidos de la palabra. Se ha producido una ruptura con el discurso de confrontación política y moral iniciado en tiempos de Reagan y mantenido después por el conservadurismo. Está por ver si el objetivo último es que Estados Unidos abandone su ambición hegemónica. La transición a un

mundo postnorteamericano habrá de ser liderada por la hiperpotencia que quiere dejar de serlo (Zakaria, 2009). El país “excepcional” no está ya dispuesto a asumir el coste de su rango, o dice que nunca lo fue: la “excepcionalidad” fue un mal sueño, un extravío. Obama significa al mismo tiempo ese cansancio y ese despertar. Las incongruencias a que dan lugar esta política se traducen en dudas, en apariencia de debilidad, y también en el aumento de la confianza de los adversarios o de los enemigos, como se está viendo en Afganistán y en Pakistán.

Para alcanzar la Casa Blanca, Obama tuvo que sortear un obstáculo que desde los años setenta se había interpuesto entre los demócratas y el poder. Se trataba de la incapacidad de los demócratas para hablar de **religión** y para tener en cuenta el hecho religioso en un país, quizá no tan religioso como se ha dicho, pero en el que la religión no ha salido de la esfera pública como lo ha hecho en otros países occidentales, en particular en los europeos. Obama, con gran inteligencia, ha aceptado la centralidad de la religión en el debate público norteamericano (o su retorno en las últimas décadas en todo el mundo), y lo hace de una forma novedosa: hablando de religión de modo distinto a lo que se ha hecho hasta ahora. La religión norteamericana era el cristianismo, con todas las variantes propias de un país que consagraba al tiempo la libertad religiosa. A partir de ahora la “religión” deja de identificarse con una determinada religión positiva y su contenido será más propiamente espiritual: una cierta sensibilidad al hecho religioso que permite comprender y casi abrazar todas las religiones en una única adoración al Creador o “creadores”.

Así se entienden las invitaciones al diálogo interreligioso de Obama en el discurso de El Cairo, en el que Obama pareció aspirar a convertirse en el líder de un Occidente postcristiano. En la misma línea van sus llamamientos a las ceremonias multiconfesionales, que cobran un sentido distinto del que hasta ahora han tenido éstas; por ejemplo, las celebradas en memoria de las víctimas de los ataques del 11-S. La invocación de la religión habrá servido, si esta línea se confirma, para hacer, por fin, de Estados Unidos un país postcristiano. Quizás estemos en presencia del advenimiento de la auténtica religión norteamericana.

EL SIGNIFICADO DE LA PRESIDENCIA DE OBAMA

La Administración Obama ha continuado algunas de las líneas ya iniciadas por su antecesora, en particular en áreas como la ampliación de la cobertura sanitaria o el incremento del intervencionismo gubernamental. Tal vez estemos, en consecuencia, ante un simple cambio político, un ejemplo de alternancia como es común en una democracia. Sin embargo, es posible discernir algunos elementos que inducen a pensar en un cambio más profundo, lo que no es incompatible con la democracia.

Entre estos factores está la propia figura de Obama, presidente y símbolo de un país renovado en su composición demográfica y cultural, y renovado también, por lo tanto, en la forma en que la población percibe su cultura y su identidad nacional. Otro factor es la amplitud y la ambición de la renovación emprendida por Obama en campos de gran importancia: política económica, reforma sanitaria, desarrollo sostenible, política internacional y religión. En ninguno de ellos la Administración Obama plantea arreglos menores. Su presidencia es una auténtica presidencia imperial, con ribetes de hiperactividad y multitud de frentes abiertos (Sarias, 2009). Y su ambición va, posiblemente, más allá incluso del establecimiento de las bases de una larga era demócrata. Consistiría más bien en consolidar un cambio cultural de mucho mayor alcance.

Por su naturaleza cultural, más aún que política, esta ambición ha provocado, y seguirá provocando, una reacción considerable, sobre todo por la urdimbre cultural de la sociedad norteamericana, más sólida y resistente que la de otros países occidentales. Está por ver cómo se articulará políticamente esta oposición, aunque el efecto se ha comprobado con la caída de la popularidad del presidente en las encuestas y sobre todo en las últimas elecciones legislativas parciales, con el retroceso de los demócratas. Es posible, por tanto, que el experimento Obama se agote en unos años. También es posible que, a pesar de esa oposición, la presidencia de Obama abra una hegemonía demócrata de larga duración sin consenso interpartidista al estilo del que generó el *New Deal* de Roosevelt: tampoco los años de hegemonía republicana consiguieron establecerlo. Y es posible, finalmente, que, a pesar de los obstáculos, la presidencia de Obama esté dando carta

de naturaleza a un cambio cultural que lleve a nuevas percepciones, nuevos comportamientos e incluso valores distintos de los que hasta ahora han regido la vida norteamericana, con repercusiones en todo el mundo.

PALABRAS CLAVE

EE.UU. • Sistema electoral • Formas actuales del pensamiento antiliberal

RESUMEN

Tras analizar las causas de la derrota de Bush en las últimas elecciones presidenciales, el texto aborda la Presidencia de Obama desde tres puntos de vista: ¿Constituye una simple alternancia política? ¿Sienta las bases de una hegemonía democrática duradera, como la hegemonía republicana de los últimos cuarenta años? ¿O bien abre un período de cambio cultural que variará los valores de la sociedad norteamericana y con ellos los de todo el mundo?

ABSTRACT

After analysing the causes of Bush's defeat over the last presidential elections, Obama's presidency is studied from three points of view. Is it simply political turnover? Is it laying the foundations for a lasting Democrat hegemony, like the Republican dominance over the last forty years? Or does it open a period of cultural change that will alter the values of the American society and with them, those of the whole world?

BIBLIOGRAFÍA

Chozick, A., (2009):

“Desirée Rogers’ Brand Obama”. *The Wall Street Journal Magazine*, 30 de abril 2009.

David R. Mayhew, D. R., (2004):

Electoral Realignments: a Critique of an American Genre. Yale University Press, Nueva York.

Henninger, D., (2009):

“Obama vs. The Beach Boys”. *The Wall Street Journal*, 28 mayo 2009.

Norwich, W. (2009):

“Life of the Party”, *Vogue*, febrero de 2009.

Sarias, D., (2009):

“Barack Obama and the Modern Presi-

dency”. *Atlantic Weekly*, 2 de noviembre de 2009-11-09).

<<http://www.semanarioatlantico.com/2009/11/09/articulos/david-sarias-barack-obama-and-the-modern-presidency-i-the-imperial-presidency-and-the-marketization-of-politics.html>>

Windmueller, S., (2009):

“Revisiting the 2008 Presidential Election: Reflections on the Jewish Vote” <www.jcpa.org, abril 2009>.

Zakaria, F., (2009):

El mundo después de USA. Espasa Calpe, Madrid.

1 año de edición digital



www.revistadelibros.com
esto sólo es el comienzo...

suscripciones@revistadelibros.com (+34) 913 194 833 / (+34) 913 083 336